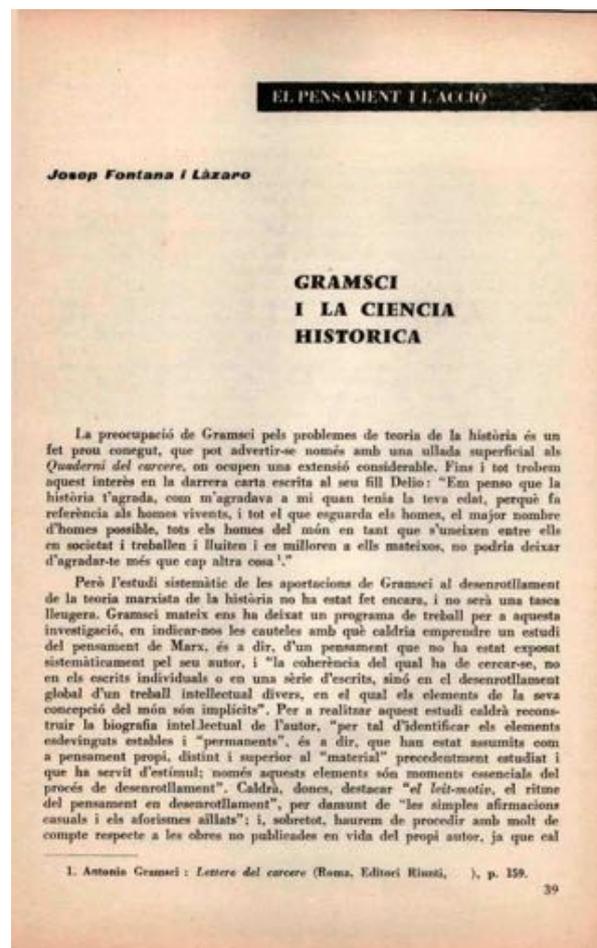


# Gramsci y la ciencia histórica\*

Josep Fontana i Lázaro  
(1931-2018)

La preocupación de Gramsci por los problemas de teoría de la historia es un hecho bastante conocido, que puede advertirse con sólo una ojeada superficial a sus *Quaderni del carcere*, donde ocupan una extensión considerable. Incluso encontramos este interés en la última carta escrita a su hijo Delio: «Me parece que la historia te gusta, como me gustaba a mí cuando tenía tu edad, porque concierne a los hombres vivos, y todo lo que se refiere a los hombres, a cuantos más hombres sea posible, a todos los hombres del mundo en cuanto se unen entre sí en sociedad y trabajan y luchan y se mejoran a sí mismos, no puede dejar de gustarte por encima de cualquier otra cosa»<sup>[1]</sup>.

Pero el estudio sistemático de las aportaciones de Gramsci al desarrollo de la teoría marxista de la historia no ha sido aún hecha, y no será una tarea ligera. El mismo Gramsci nos ha dejado un programa de trabajo para esta investigación, al indicarnos las cauteles con las que convendría emprender un estudio del pensamiento de Marx, es decir, de un pensamiento que no ha sido expuesto sistemáticamente por su autor, y «cuya coherencia ha de centrarse, no en los escritos individuales o en una serie de escritos, sino



en el desarrollo global de un trabajo intelectual diverso, en el que los elementos de su concepción del mundo son implícitos». Para realizar este estudio será necesario reconstruir la biografía intelectual del autor, «para identificar los elementos que devienen estables y ‘permanentes’, es decir, que han sido asumidos como pensamiento propio, distin-

\*Publicado originariamente como «Gramsci i la ciencia històrica», *Nous Horitzons*, n. 12, 1967, pp. 39-44. Traducido del catalán por Cristian Ferrer González.

1.- Antonio Gramsci, *Lettre del carcere*, Roma, Riuniti, s.a., p. 159. [ed. cast., *Cartas desde la cárcel*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2010].

to y superior al 'material' precedentemente estudiado y que ha servido de estímulo; sólo estos elementos son momentos esenciales del proceso de desarrollo». Será menester, pues, satisfacer «*el leit-motiv*, el ritmo del pensamiento en desarrollo», por encima de «las simples afirmaciones casuales y los aforismos aislados»; y, sobre todo, deberemos proceder con sumo cuidado respeto a las obras no publicadas en vida del propio autor, ya que debemos considerarlas como material aún en elaboración, aún provisional, parte del cual podría haber sido refutado en última instancia<sup>[2]</sup>.

El punto de partido de las reflexiones de Gramsci sobre la teoría marxista de la historia es la lucha contra la esquematización del materialismo histórico iniciada por Plejánov y completada por Bujarin<sup>[3]</sup>, y contra la tendencia de convertir los principios metodológicos expuestos por Marx y por Engels en meras fórmulas verbales, casi litúrgicas, que no se utilizan como instrumental analítico para llegar a una explicación, sino que son simplemente enunciadas, como si fueran una explicación. Pocas cuestiones habrán motivado más líneas en los *Quaderni* que el rechazo del *economicismo histórico*, del mecanicismo vulgar que busca una explicación inmediata de todos los hechos políticos e ideológicos en unas causas económicas. Gramsci señala la necesidad de distinguir entre aquellas modificaciones económicas que atañen profundamente a la propia estructura, que son «relativamente permanentes» (es decir, que operan a largo plazo) y afectan a los intereses de clases sociales enteras, de lo que son simples variaciones ocasionales (co-

yunturales), que no modifican la estructura en forma decisiva y no afectan más que a los intereses de un pequeño grupo humano. El determinismo postulado por el materialismo histórico es el que hace referencia a las variaciones «orgánicas» que afectan profundamente la estructura y tienen consecuencias importantes para la lucha de clases, y no el de las razones económicas inmediatas y coyunturales de la lucha de grupos, que caen dentro del terreno de la historia política tradicional<sup>[4]</sup>. Solamente para las primeras puede tener sentido la afirmación de Marx según la cual los hombres toman consciencia en el terreno de las ideologías de los conflictos que se manifiestan en la estructura económica.

Pero la mera negación de un determinismo económico a corto plazo no pasaría de ser una fórmula más, de contenido distinto a aquellas que se va a combatir, si no se tradujera en un intento de estudiar efectivamente los nexos que unen estructura y superestructura, su funcionamiento y su articulación. Para Gramsci la estructura no es un mero concepto especulativo, sino una entidad concreta y real que puede ser analizada con los métodos de las ciencias naturales; pero su estudio no puede hacerse separadamente del de las superestructuras, sino conjuntamente: «La estructura y las superestructuras forman un *bloque histórico*, esto es: el conjunto complejo, contradictorio y discordante de las superestructuras es el reflejo del conjunto de las relaciones sociales de producción»<sup>[5]</sup>. El análisis de esta relación debe hacerse teniendo en cuenta las dos afirmaciones de Marx en el prefacio de la *Crítica de la economía política*<sup>[6]</sup>: 1) la humanidad no

2.- Antonio Gramsci, *Il materialismo storico e la filosofia di Benedetto Croce*, Turín, Einaudi, 1955, pp. 76-79. [ed. cast., *El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1971].

3.- Por otro lado esta actitud representa una continuación de lo que había sostenido ya respecto al economicismo de la II Internacional.

4.- Antonio Gramsci, *Notas sobre Maquiavelo, sobre política y sobre el estado moderno*, Buenos Aires, Lautaro, 1962, pp. 57-59.

5.- A. Gramsci, *Il materialismo storico*, p. 39.

6.- Karl Marx, *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política. (Borrador), 1857-1858*, 3 vols., Madrid, Siglos XXI, 2009. [N. del T.]

se plantea más que aquellas tareas para cuya resolución existen ya, o están apareciendo, las condiciones materiales necesarias; 2) una formación social no muere hasta que no haya desarrollado las fuerzas productivas en la medida que este desarrollo es posible dentro de su marco, y hasta que no hayan tomado su lugar nuevas y más elevadas relaciones de producción. «Solamente en este terreno puede ser eliminado todo mecanicismo y todo rastro de *milagro supersticioso*, puede plantearse el problema de la formación de los grupos políticos activos y, en última instancia, incluso el problema de la función de las grandes personalidades en la historia»<sup>[7]</sup>.

Este planteamiento es reemprendido y profundizado en otra ocasión. «Analizar la proposición ‘la sociedad no se plantea problemas para cuya solución no existen ya las premisas materiales’. De ella depende, en forma inmediata, el problema de la formación de una voluntad colectiva. Analizar de forma crítica el significado de esta proposición; es necesario precisamente investigar cómo se forman las voluntades colectivas permanentes, y cómo estas voluntades se proponen fines concretos inmediatos y mediados, es decir, una línea de acción colectiva [...]. Se podría estudiar en concreto la formación de un movimiento histórico colectivo, analizarlo en todas sus fases moleculares, cosa que no se hace habitualmente, porque eso haría muy pesado el análisis. Se toman, en cambio, las corrientes de opinión ya constituidos en torno a un grupo o una personalidad dominante. Es el problema que modernamente se expresa en términos de partidos o de coaliciones de partidos afines: cómo se inicia la constitución de un partido, cómo se desarrolla su fuerza organizada y su influencia social, etc. Se trata de un proceso molecular, minucioso, de análisis extremo, capilar, cuya documentación es constituida

por una cantidad interminable de libros, de folletines, de artículos de revista y de diario, de conversaciones y de debates orales que se repiten infinidad de veces y que en su enorme conjunto representan este lento trabajo del cual nace una voluntad colectiva con un cierto grado de homogeneidad, con el grado necesario y suficiente para determinar una acción coordinada y simultánea en el tiempo y en el espacio geográfico donde se verifica el hecho histórico»<sup>[8]</sup>.

Como puede verse, estamos bien lejos de los planteamientos lineales que se limitan a un análisis esquemático de unos hechos globales, y que hablan de las clases sociales como de conjuntos que se suponen homogéneos por definición y a los cuales se atribuyen unas ideologías coherentes, adquiridas no se sabe de qué misteriosa y mágica manera. Gramsci es perfectamente consciente (casi diríamos, angustiosamente consciente) de los matices. Sabe que la evolución de una sociedad no es global ni simultánea. «La vida no se desarrolla homogéneamente; se desarrolla por avances parciales, de punta; se desarrolla, por decirlo así, en forma *piramidal*»<sup>[9]</sup>. Si el conjunto de las relaciones sociales es contradictorio, lo será también la conciencia de los hombres, y esta contradicción «se manifiesta en la totalidad del cuerpo social, con la existencia de conciencias históricas de grupo (con la existencia de estratificaciones correspondientes a diversas fases del desarrollo histórico de la civilización y con antítesis entre los grupos que corresponden a un mismo nivel histórico), y se manifiesta en los individuos aislados como reflejo de esta disgregación *vertical y horizontal*»<sup>[10]</sup>. De aquí, por ejemplo, que se plantee el problema de la formación de una conciencia en

7.- A. Gramsci, *Il materialismo storico*, pp. 129-130.

8.- A. Gramsci, *Notas sobre Maquiavelo*, p. 111.

9.- Antonio Gramsci, *Passato e presente*, Turín, Einaudi, 1954, p. 175. [ed. cast., *Pasado y presente*, Madrid, Gedisa, 1977].

10.- *Ibid.*, p. 201.

las clases subalternas o la peculiaridad de los intelectuales, cuyas relaciones con el mundo de la producción «no son inmediatas, como ocurre para los grupos sociales fundamentales, sino *mediadas*, en diverso grado, a través de todo el tejido social, del complejo de las superestructuras»<sup>[11]</sup>.

El sentido del matiz y del detalle, la voluntad de investigar, cómo se van produciendo molecularmente unas transformaciones que, si tratáramos de explicarlas cuando afloran a la superficie (cuando «estallan» en acontecimientos de amplio alcance) resultarían difícilmente inteligibles, son llevados por Gramsci al extremo. El investigador es advertido de la necesidad de buscar la comprensión de la realidad precisamente en el matiz y no en la esquematización de unas líneas generales. «La realidad es rica en las combinaciones más extrañas, y es el teórico quien debe reencontrar la prueba decisiva de su teoría en esta misma extrañeza, *traducir* en lenguaje teórico los elementos de la vida histórica, y no, viceversa, la realidad la que ha de presentarse según el esquema abstracto»<sup>[12]</sup>.

Pero al examinar las aportaciones que Gramsci hace en la profundización de la teoría marxista de la historia, conviene no caer en el error de considerarlas como un sistema completo y estructurado. En un estudio global sería necesario comenzar por el examen de las transformaciones de la estructura, que constituye el terreno de trabajo de la historia económica. Deberíamos pasar luego al examen de la forma en que estos cambios en la estructura de la producción (y, en segundo lugar, las incidencias coyunturales) afectan a las diversas clases que componen una sociedad determinada (estudio que ha sido

modélico hecho por Labrousse respecto al siglo XVIII francés)<sup>[13]</sup>. Gramsci no se ocupa apenas de estas fases de investigación, sino que parte de la suposición de que ya nos son conocidas, para examinar con profundidad una tercera etapa: la que nos muestra cómo unas relaciones de producción ya analizadas llevan a la configuración de unas ideologías y de unos programas políticos.

Gramsci empieza por examinar los mecanismos por los cuales una clase ejerce un dominio sobre el conjunto del Estado y de la sociedad y se asegura el *consensus* de las otras. Un *consensus* que no es explicable por el mero hecho de disponer de las fuerzas de coerción, sino que se basa en gran medida en haber conseguido convertir lo que es una ideología de grupo (articulada sobre las propias necesidades de crecimiento) en un conjunto de verdades supuestas naturales y universalmente válidas; y esto no por un engaño, sino por el hecho que, al menos inicialmente, corresponde a las necesidades objetivas de desarrollo de la economía y de la sociedad en que son formuladas. Pero, así que el paso del tiempo y el progreso de las fuerzas productivas van dejando retrasados los principios en que se basa esta sociedad (y las relaciones de producción vigentes en ella), la hegemonía se agrieta, las clases hasta entonces subalternas toman conciencia de sus intereses particulares y de las contradicciones que los enfrentan a los grupos sociales que dominan los resortes del estado; se dan cuenta que los principios y las relaciones que hasta ahora han pasado por universalmente válidos comienzan a dejar de parecerlos, y formulan gradualmente unos nuevos principios que han de permitir avanzar hacia una nueva etapa de crecimiento, con una nueva situación de hegemonía y unas nuevas relaciones de producción.

11.- Antonio Gramsci, *Gli intellettuali e l'organizzazione della cultura*, Turín, Einaudi, 1955, p. 9. [ed. cast., *Los intelectuales y la organización de la cultura*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2012].

12.- Antonio Gramsci, *Passado e presente*, p. 59.

13.- Se refiere al libro de Ernest Labrousse, *Fluctuaciones económicas e historia social*, Madrid, Tecnos, 1962. [N. del T.]

Gramsci ha hecho en diversas ocasiones la exposición de este proceso. Una de las más interesantes la constituyen sus «Apuntes sobre la historia de las clases subalternas»;<sup>[14]</sup> otra formulación, más amplia y precisa, se encuentra en el curso de la explicación de las distintas fases de una «relación de fuerzas», en hablarnos de los «momentos» de la formación de una conciencia política colectiva:

«Lo primero y más elemental es lo económico-corporativo: un comerciante siente que *debe* ser solidario con otro comerciante, un fabricante con otro fabricante, etc., pero el comerciante no se considera todavía solidario con el fabricante; es decir, se siente la unidad hegemónica del grupo profesional y el deber de organizarla, pero no se siente todavía la unidad con el grupo social más amplio. Un segundo momento es aquel en que se consigue la conciencia de la solidaridad de intereses entre todos los miembros del grupo social, pero todavía dentro del campo meramente económico. Ya en este momento se plantea la cuestión del Estado, pero sólo en el terreno de ganar una igualdad político-jurídica con los grupos dominantes, reivindicando el derecho a participar en la legislación y en la administración, e incluso a modificarla y reformarla, pero dentro de los cuadros fundamentales existentes. Un tercer momento es aquel en que se consigue la conciencia que los propios intereses corporativos, en su desarrollo actual y futuro, superan los límites de la corporación, de un grupo puramente económico, y pueden y deben convertirse en los intereses de otros grupos subordinados. Esta es la fase más estrictamente política, la que señala nítidamente el paso de la estructura a la esfera de las superestructuras complejas; es la fase en que las ideologías ya existentes se transforman en

partido, se conforman y entran en lucha hasta que una sola de ellas, o al menos una sola combinación de ellas, tiende a imponerse y a difundirse por toda el área social, determinando, además de la unidad de los fines económicos y políticos, la unidad intelectual y moral, planteando todas las cuestiones entorno de las cuales la lucha es candente, no solamente en un plano corporativo, sino en un plano universal, y creando así la hegemonía de un grupo social fundamental sobre una serie de grupos subordinados. El Estado es entendido como un organismo propio de un grupo destinado a crear las condiciones favorables para la máxima expansión del mismo grupo; pero este desarrollo y esta expansión son concebidos y presentados como la fuerza motriz de una expansión universal, de un desarrollo de todas las energías nacionales. El grupo dominante está coordinado concretamente con los intereses generales de los grupos subordinados y la vida estatal es entendida como una formación y una superación continua de equilibrios inestables (dentro del ámbito de la ley) entre los intereses de los grupos fundamentales y el de los grupos subordinados, equilibrios donde los intereses del grupo dominante se imponen hasta un cierto punto, es decir, hasta el punto en que chocan con el mezquino interés económico-corporativo».

«En la historia real estos momentos se influyen recíprocamente, en forma horizontal y vertical, es decir: según las actividades económicas sociales (horizontales) y según los territorios (verticales), combinándose y escindiéndose de diversas maneras; cada una de estas combinaciones puede ser representada por la propia expresión organizada, económica y política. Sin embargo, es necesario tener en cuenta que estas relaciones internas de un estado-nación se conforman con las relaciones internacionales, la cual crea nuevas combinaciones originales e históricamente concretas. Una ideología nacida

14.- Antonio Gramsci, *Il Risorgimento*, Turín, Einaudi, 1955, pp. 191-193. [ed. cast., *El Risorgimento*, Buenos Aires, Granica, 1974].

en un país muy desarrollado se difunde en países menos desarrollados, incidiendo en el juego local de las combinaciones»<sup>[15]</sup>.

El alcance y extensión de un artículo como este no permite proseguir esta profundización del estudio de los nexos que ligan la estructura y las superestructuras (en sus dos planos que corresponden al Estado y la sociedad civil), la economía y la formación de las ideologías (es decir, el terreno en el que se formula la lucha de clases). Pero resulta evidente que los historiadores pueden sacar lecciones metodológicas muy útiles, y estímulos para ulteriores enriquecimientos del método, en un estudio en profundidad del pensamiento de Gramsci en torno a la teoría de la historia. Con todo, este estudio no puede de ninguna manera reducirse a una mera antología de textos, sino que ha de explicarse coherentemente el nacimiento y el desarrollo de unas formas de pensar, relacionándolas con las influencias que han estimulado su formación (Croce, Sorel, etc.) y verificándolas constantemente sobre los análisis concretos de situaciones reales efectuadas por Gramsci<sup>[16]</sup>. La tarea puede que no sea sencilla, pero valdrá la pena hacerla, pues resultará de una extraordinaria utilidad para arrinconar definitivamente unas formulaciones primarias y litúrgicas del materialismo histórico, que invocan a Marx pero no se sirven adecuadamente de él.

No quisiéramos acabar estas líneas sin al menos mencionar de pasada un aspecto concreto de las consecuencias que comporta este rechazo del mecanicismo económico.

Para Gramsci, el hecho de que consideremos la historia como una ciencia no implica que sea necesario admitir la posibilidad de una previsión exacta del futuro. «Se puede prevenir científicamente la lucha, pero no sus momentos concretos, que sólo pueden ser el resultado de fuerzas contrarias, en movimiento continuo, que son irreducibles a cantidades fijas, porque en ellas la cantidad se convierte continuamente en cualidad. Realmente se ‘prevé’ en la medida que se actúa, que se aplica un esfuerzo voluntario y se contribuye concretamente, por eso mismo, a crear el resultado ‘previsto’. La previsión se manifiesta, por lo tanto, no como un acto científico de conocimiento, sino como la expresión abstracta del esfuerzo que se hace, la manera práctica de crear una voluntad colectiva<sup>[17]</sup>. Si la previsión exacta, y el determinismo a corto o medio plazo, son injustificados, lo será también el fatalismo que lleva a inhibirse de la lucha, con el pretexto que su resultado final es inmutable y seguro. Doble lección, pues, en el terreno de la política y en el de la ciencia histórica, en el de la teoría y en el de la práctica. «Sólo la identificación de historia y política trae a la historia este carácter [meramente erudito y libresco]. Si el político es un historiador (no solamente en el sentido de que hace historia, sino en el sentido de que actuando en el presente interpreta el pasado), el historiador es un político, y en este sentido [...] la historia es siempre historia contemporánea, es decir, política»<sup>[18]</sup>.

15.- Antonio Gramsci, *Notas sobre Maquiavelo*, pp. 71-72, y en general todo el análisis de las pp. 67-75.

16.- Un ejemplo de esto lo podemos encontrar en el análisis que Gramsci hace del origen de las ideas que el proletariado industrial del norte de Italia tienen respecto a los campesinos del sur, en *La questione meridionale*, Roma, Editori riuniti, 1966, pp. 135-136. [ed. cast., *La cuestión meridional*, Madrid, Dédalo, 1978].

17.- A. Gramsci, *Il materialismo storico*, p. 135.

18.- *Ibid.*, pp. 217-218.